

PROTESTA SOCIAL Y CONCIENCIA DE CLASE. Ensayo interpretativo sobre la historia social de Centroamérica, 1945–1983

Héctor Pérez Brignoli

con la colaboración de Yolanda Baires Martínez*

...C'étaient de très grands vents sur la terre
des hommes – de très grands vents à l'oeuvre parmi
nous,
Qui nous chantaient l'horreur de vivre, et nous
chantaient l'honneur de vivre, ah! nous chantaient
et nous chantaient au plus haut faite du péril,
Et sur les flûtes sauvages du malheur nous
conduisaient, hommes nouveaux, à nos façons nouvelles.

Saint–John Perse (*Vents*, IV, 6)

I

La historia reciente de Centro América está dominada por la protesta social y la rebelión. Lo nuevo no es por cierto la convulsión misma, ni la horrosa dosis de violencia que envuelve cada vez más la vida cotidiana de miles de hombres, mujeres y niños en estas tierras de volcanes amenazantes, lagos transparentes e impresionante espesura tropical. Lo inédito es la dimensión de la protesta que amenaza el orden establecido en países tradicionalmente considerados con la despectiva nomenclatura de “*Banana Republics*”, pero situados en un área estratégica vital para la seguridad de los Estados Unidos, ésto es, la Cuenca del Caribe. Por ello, la rebelión social cobra una nueva medida en el ámbito internacional y se torna apenas un episodio de la contienda “Este-Oeste”. Paradójicamente, la dimensión del conflicto ha contribuído más a ocultar su naturaleza que a esclarecerla.

Las bases materiales de la revuelta social provienen, más que de cualquier otro factor, de la peculiar combinación de prosperidad económica y fracaso reformista que caracterizaron los treinta años que van de 1945 a 1975.

* Universidad de Costa Rica, Escuela de Estudios Generales.

El auge económico sostenido reforzó la tradicional apertura de las economías centroamericanas al mercado mundial a través de tres vías diferentes:

- a) La modernización de la agricultura de exportación “tradicional” de café y del banano y la diversificación hacia nuevas actividades: algodón, carne, etc.;
- b) la industrialización (notoria después de 1960), con un esquema de integración regional (Mercado Común Centroamericano) y el desarrollo de industrias sustitutivas con un elevado componente de insumos importados (maquinaria y materias primas);
- c) la fuerte presencia del capital extranjero (sobre todo norteamericano) en la industria y la agricultura de exportación.

El fracaso reformista, notorio en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, se tradujo en un modelo social de prosperidad para unos pocos. De hecho, el auge económico solo sirvió para reforzar y ampliar el poder de las clases dominantes. En Costa Rica, en cambio, la nueva prosperidad pudo vertirse en un vasto proyecto de cambio social y el Estado reforzó, después de 1948, los sectores medios a través de diversos mecanismos de participación (crédito, cooperativas, empleo en el sector público, educación, seguridad social, etc.)

La coyuntura externa desfavorable, más evidente desde 1973, tuvo consecuencias diversas.

El fracaso reformista implicó un recurso cada vez mayor a la represión y la movilización popular se convirtió en un preludio de insurrecciones más amplias: es esa la experiencia vivida en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Endeudamiento creciente y cada vez menos margen de maniobra estatal fueron las consecuencias vividas en Costa Rica, donde la crisis económica impuso una drástica limitación al esquema reformista.

Hay dos vías complementarias para esclarecer el carácter de la protesta social, o para, en el caso de Costa Rica y parcialmente Honduras, explicar su ausencia. La primera, es lo que podríamos llamar una visión desde arriba referida a los mecanismos de dominación del Estado y las clases dirigentes. La segunda, una visión desde abajo atenta a los orígenes y modalidades de la movilización popular, los agentes de cambio y las formas de la conciencia social.

II

El Estado sólo puede funcionar y existir permitiendo ciertos comportamientos activos (1) y excluyendo otros. Esos modelos de respuesta de las clases, grupos e individuos pertenecientes a un mismo Estado-Nación, pueden clasificarse en tres tipos básicos: Salida, Voz y Lealtad (2). La Salida constituye la opción de abandonar el organismo al que se pertenece; constituye una quiebra o rechazo de las reglas de juego. La Voz, por el contrario significa una protesta “dirigida a quienquiera que desee escucharla” (3). La Lealtad es la opción del conformismo en un comportamiento predominantemente pasivo o alineado, pero “por regla general”, “activa la voz” y “aleja la salida” en el caso de respuestas activas (4). Detrás de la

Lealtad hay siempre y en eso se distingue de la fe “una dosis enorme de cálculo razonado” (5).

La existencia del Estado como organización implica, necesariamente, “ciertas limitaciones o *topes* a la medida de la salida, de la voz, o de ambos” ya que “hay niveles de salida (desintegración) y de voz (destrucción) más allá de los cuales resulta imposible que un organismo exista como tal” (6). Si vamos más allá de las condiciones de existencia, a la dinámica o funcionamiento concreto, el contenido de las respuestas u opciones depende estrechamente de la naturaleza de la relación de dominación.

Las estructuras sociales de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, y parcialmente la de Honduras, están organizadas en torno a lo que podemos llamar el *principio de exclusión*. Las Reformas Liberales de las últimas décadas del siglo XIX (7) significaron la expropiación del campesinado (caso de El Salvador) o el reclutamiento compulsivo de mano de obra (caso de las comunidades indígenas de Guatemala). La expansión de la agricultura de exportación y la integración definitiva al mercado mundial significan así la apertura de una nueva era bajo el signo del “crecimiento empobrecedor”. El orden agrario liberal nunca fue aceptado como legítimo por las masas campesinas y los escasos sectores medios generados por la nueva economía nunca pudieron ocultar su debilidad estructural y reducida autonomía. Intermediarios en las relaciones de poder la lealtad activa a las clases dominantes fue para ellos, desde temprano una cuestión de supervivencia; y el prejuicio racial vino a sancionar, en ciertos casos (8), esa posición particular. La violencia y la coerción impregnan así la estructura social y las relaciones sociales de dominación se reducen a un juego de suma cero.

TIPOS DE CONDUCTA POLITICA				
		LEALTAD	VOZ	SALIDA
TIPO DE ESTRUCTURA SOCIAL	INCORPORACION (Juego de suma distinta de cero)	consenso amplio	<ul style="list-style-type: none"> - prensa - opinión pública - elecciones - representación democrática 	
	(Juego de suma cero)	<ul style="list-style-type: none"> - consenso muy restringido - terror - represión 	<ul style="list-style-type: none"> - accesible a muy pocos - violencia 	subversión

Costa Rica ilustra bien el caso contrario, éstos es, una estructura social basada en lo que podemos llamar *el principio de incorporación*. El desarrollo agroexportador basado en el café generó importantes sectores medios rurales y urbanos que fueron incorporándose gradualmente al sistema político. La relación de dominación fue, manifiestamente, distinta de un juego de suma cero.

Podemos examinar ahora, explícitamente, las diversas combinaciones posibles de los mecanismos de respuestas con el tipo de estructura social, las cuales se presentan esquemáticamente en el cuadro anterior.

Cuando las relaciones sociales se basan en el principio de incorporación, la Lealtad se origina en un consenso amplio, la Voz se expresa en el régimen de elecciones, las instituciones democrá-

ticas, la prensa y la opinión pública, y la Salida sólo constituye una opción económica (inmigración en busca de mejor empleo u oportunidades). En el caso de las sociedades donde impera el principio de exclusión la Lealtad reposa sobre un consenso muy restringido y sólo la represión y eventualmente el terror, puede asegurar la fidelidad de las mayorías. La Voz es accesible a muy pocos y con mucha frecuencia en el caso de reivindicaciones de sectores populares asume un nivel próximo a la violencia. La salida como exilio, o la subversión como forma de "salida interna", constituyen opciones de poca frecuencia.

La presencia, fuerte o débil, de ciertas formas de organización de las clases o de ciertos grupos sociales, en ambos tipos de estructura social pueden también representarse esquemáticamente:

		– Partidos Políticos – Sindicatos	– Iglesia – Militares – Universidades	Explosiones de masas poco estructuradas	Sectores medios autónomos
TIPO DE ESTRUCTURA SOCIAL	INCORPORACION	Fuerte	Débil	Débil	Fuerte
	EXCLUSION	Débil	Fuerte	Fuerte	Débil

El principio de incorporación implica obviamente una presencia fuerte de los partidos políticos, los sindicatos y los sectores medios autónomos. El principio de exclusión, en cambio origina reacciones de masa de tipo explosivo (revuelta agraria, otras formas de rebelión primitiva) y ante la debilidad de partidos y sindicatos hay organizaciones corporativas de la sociedad civil que revelan una presencia (voz) notable: la Iglesia, las universidades y los militares.

Ideológicamente, el reformismo fue un fenómeno tan importado como la prédica liberal del siglo XIX. Y aunque alcanzó algunas expresiones autóctonas quizás no desprovistas de cierta autenticidad (9), los intentos de aplicación tuvieron mucho que ver, después de la Segunda Guerra Mundial, con las presiones de organismos internacionales, públicos y privados, e inclusive agencias del gobierno norteamericano. Nos interesa ver, ahora más que las promesas del nuevo ambiente, o las expectativas que desató en diferentes sectores sociales, cuál era la posibilidad real de cambios

efectivos. El éxito o fracaso de los proyectos reformistas tuvo que ver con el margen de manobra estatal, definido por el tipo de relación social de dominación predominante y ciertas variables contextuales.

En El Salvador la expansión del café provocó un proceso de proletarización más avanzado que en cualquier otro país de Centro América. En ello concurrieron diversos factores, y en especial una población campesina particularmente densa en un país casi enteramente ocupado desde el punto de vista agrícola, es decir sin frontera de colonización.

La insurrección campesina de 1932 (10) con su trágico saldo represivo tuvo consecuencias diversas que conviene puntualizar: a) homogeneizó rápidamente el campesinado bajo formas culturales mestizas, dada la identificación de los indios con la revuelta; b) condenó a las masas rurales a un largo y oprobioso silencio en cuanto a la organización y movilización dado el nivel de la represión; c) el fantasma de la insurrección obligó a las

clases dominantes a una delegación permanente del poder en los militares. En resumen, no hubo alternativa burguesa al trágico juego de sumas cero de las relaciones de dominación, lo cual condenaba de antemano cualquier proyecto de apertura reformista, entendido como transformación social genuina o democracia política. El fracaso de diversos intentos de apertura democrática son de por sí elocuentes:

- a. desde la caída de Hernández Martínez el 9 de mayo de 1944 hasta el golpe de Osmín Aguirre el 21 de octubre del mismo año (El 20 de octubre había triunfado la revolución en Guatemala);
- b. desde la caída de Lemus (octubre 1960), hasta el golpe de Rivera en enero de 1961;
- c. desde la caída del general Romero (octubre 1979) hasta la reestructuración de la Junta en enero de 1980.

Las reformas de contenido social, aún cuando fueron rigurosamente diseñadas y controladas “desde arriba” (y a menudo acompañadas de represión política) tuvieron un mero carácter paliativo, y escasa repercusión en cuanto transformaciones efectivas para las vastas mayorías. Es el caso del gobierno de Osorio o del sonado fiasco del plan de transformación agraria del coronel Molina en 1976 (11).

El fracaso reformista fue particularmente notorio en Guatemala debido a que el golpe reaccionario de 1954 puso fin a un experimento social de cierto alcance que se extendió a lo largo de diez años, durante los gobiernos de Arévalo y Arbenz. Ubico había centralizado el poder político, quebrando el predominio de los caciques locales (12), el cual era particularmente importante en una estructura social como la guatemalteca, muy polarizada pero también singularmente compleja. El camino a la experiencia reformista quedó abierto cuando, a la caída de Ubico (1944), los sectores medios urbanos lograron el apoyo de un grupo del ejército (13) y de algunas fracciones de la clase dominante. La composición de esta alianza fue variando a medida que las reformas se fueron cristalizando: se incorporaron los sindicatos urbanos (más tarde algunas ligas campesinas) y los sectores burgueses tendieron a distanciarse. El punto álgido fue, como es bien conocido, la reforma agraria promulgada en 1952 y el enfrentamiento con la *United Fruit Company*. El conflicto de clases fue agudo y la intervención nortea-

mericana acabó de precipitar el derrocamiento de Arbenz en 1954. Los efectos de la radicalización reformista de Arbenz y de la escalada represiva que siguió a su caída fueron, en cierto modo, parecidos a los de la insurrección salvadoreña de 1932. En lo sucesivo cualquier reforma de contenido social o de atisbo de apertura democrática quedaban condenados de antemano al fracaso. El principio de exclusión siguió así reinando con su horrenda secuela de violencia, castigo y opresión sobre vastas mayorías de la población guatemalteca.

El caso de Nicaragua ejemplifica otra variante del principio de exclusión. Una clase dominante fragmentada y un Estado débil fueron el resultado del fracaso o mejor dicho la frustración de la Reforma Liberal de finales del siglo XIX. La larga intervención norteamericana (1911-1932) garantizó la estabilidad creando un cuerpo represivo profesional, -la Guardia Nacional-, y abrió el camino a la aún más larga dictadura del clan Somoza (1936-1979). La exclusión política precedió durante esas cuatro décadas a la exclusión económica en beneficio de la dinastía. Anastasio Somoza García se preocupó por asegurarse el poder mediante el control de la Guardia Nacional y la amistad con el gobierno de Estados Unidos. Primero el enriquecimiento y luego un papel activo en los negocios fueron más bien corolarios del privilegio político. La estructura social de Nicaragua contaba con una base muy extendida de campesinos pobres y somiproletarios, pero con una cúspide menos concentrada que, por ejemplo El Salvador o Guatemala. La expansión del algodón en la década de 1950 abrió nuevas oportunidades económicas y hubo cierto desarrollo de medianos empresarios agrícolas. La situación comenzó a variar en la década de 1960 con la industrialización y el Mercado Común Centroamericano, y se tornó crítica después del terremoto de Managua en diciembre de 1972. Anastasio Somoza Debayle comandaba para entonces un verdadero imperio financiero y el “escudo” familiar podría muy bien haber exhibido el lema “la burguesía soy yo”. Esta megalomanía versallesca fue la que hizo finalmente posible un amplio frente de clases, el cual, con variado apoyo internacional, acabó con la dictadura, y el régimen en julio de 1979.

Una variante todavía diferente del principio de exclusión se presenta en el caso de Honduras. La Revolución Liberal (1876-1891) no tuvo éxito en la promoción de una economía de exportación.

tación y en consecuencia se produjo una fragmentación del poder a escala regional. La integración al mercado mundial resultó de la acción de las grandes compañías bananeras en la Costa Norte, zona despoblada y escasamente articulada con el resto del país. La economía de enclave significó, entre otras cosas, el reforzamiento de la cultura caribeña y perpetró hasta la década de 1960, la ya mencionada desarticulación regional. Como forma de producción, el enclave generó un amplio proletariado agrícola; el más desarrollado del área centroamericana en cuanto a las formas de lucha y de organización sindical (14). Este mayor avance, contrastó con la situación del resto del país: terratenientes tradicionales, con intereses limitados a mercados regionales o subregionales, convivían con un campesinado mestizo orientado hacia la autosubsistencia y que mostraba escasa movilización social y política. Paradójicamente, se producían en Honduras dos extremos en el desarrollo y las formas de conflicto social. El enclave bananero había generado el proletariado más avanzado de Centro América. El campesinado del resto del país era uno de los más primitivos y desarticulados de todo el istmo. La estructuración del Estado (15) reflejó tanto esta situación paradójica cuanto la virtual inexistencia, frente al enclave, de una verdadera burguesía agroexportadora. Esta constelación de fuerzas sociales permitió, desde la década de 1950, un proceso paulatino de reformas económicas y sociales. La incoherencia del resultado final tiene algo que ver, sin duda, con la recién indicada heterogeneidad de la constelación de fuerzas que le dio impulso y origen. El reformismo acompañado de la exclusión política encuentra así límites precisos, lo cual no permite esperar una superación más que ocasional del juego de suma cero implícito en la relación básica de dominación.

En Centro América la única sociedad modelada enteramente en base al principio de incorporación es Costa Rica. La presencia de importantes sectores medios rurales y urbanos generados por el propio desarrollo agroexportador permiten explicar ese hecho, y también su corolario, ésto es, el éxito y coherencia del reformismo. Hay que agregar, empero, ciertos rasgos peculiares que también coadyuvaron en esa ruta del "gradualismo": una muy baja densidad de población en un país de frontera agrícola abierta hasta la década de 1960; un relativo aislamiento a la política centroamericana en el siglo XIX y la debilidad del ejército como factor de poder después de la década de 1870 (salvo el período 1917-1919).

III

Antes de estudiar "las respuestas desde abajo", ésto es, las formas de organización y lucha y el desarrollo de la conciencia social, conviene dar un vistazo sobre las bases materiales de la movilización popular. Nos referimos a un conjunto de cambios socio económicos que, en el período 1945-1980, afectaron profundamente las estructuras sociales que acabamos de caracterizar, abriendo con ello la posibilidad de nuevas y combativas "respuestas desde abajo".

El crecimiento económico, muy rápido en las décadas de 1950 y 1960, más lento en la de 1970, tuvo un efecto social catastrófico. La diversificación del sector agroexportador (algodón, azúcar, carne, etc.) contribuyó al desplazamiento y expropiación de importantes sectores campesinos en toda la zona costera del Pacífico, favoreciendo los movimientos migratorios hacia las zonas urbanas. La industrialización y el Mercado Común Centroamericano, por su parte, tuvieron igualmente un efecto disruptivo. La absorción de mano de obra industrial fue, en el conjunto muy débil (16) debido al tipo de tecnología utilizado en las plantas. Más allá de eso, el sector industrial, falto de *backward linkages*, no tuvo en el largo plazo un dinamismo de crecimiento autoimpulsado. Las múltiples fallas y contradicciones del esquema de integración (17) adoptado por los gobiernos de Centro América tuvieron no sólo ese efecto social negativo, sino que contribuyeron al desequilibrio regional y favorecieron conflictos entre los propios países signatarios del Tratado de Managua de 1960. La guerra ente Honduras y El Salvador en 1969 fue el más notorio, pero no el único de estos enfrentamientos. La industrialización bajo el esquema del Mercado Común Centroamericano implicó incentivos desmesurados a la inversión, sobre todo extranjera. No es extraño, en este contexto, que un acucioso estudio sugiera como recomendaciones políticas elevar el costo relativo del capital como factor de producción, para favorecer un aumento del empleo (18).

La concentración del ingreso personal fue otra consecuencia palpable del modelo de crecimiento económico adoptado (19) y la inflación, -un fenómeno en buena parte originado en la coyuntura externa-, no sólo afectó desde mediados de la década de 1970 el conjunto de las economías centroamericanas sino que:

“El más alto crecimiento del ingreso real... fue canalizado básicamente hacia el ensanchamiento de la participación del capital en el ingreso [distribuido]...” (20).

En resumen, la prosperidad actuó como un notable mutiplicador de las desigualdades. Sólo cuando el Estado actuó sistemáticamente modificando las fuerzas del mercado, -como en el caso de Costa Rica-, el resultado social fue diferente.

El rápido crecimiento demográfico, -tasas anuales del 3% caracterizan el período que nos ocupa-, y una notable variación en la distribución espacial de la población constituyen otro rasgo estructural de interés. El proceso de urbanización debe considerarse en dos aspectos diferentes. Por una parte, como crecimiento de la masa urbana, el problema de los servicios y las oportunidades de empleo, y la consecuente proliferación de poblaciones marginales. Por otro lado, la urbanización, significa, sobre todo en el caso de las ciudades capitales, el paso de un umbral: la aparición de verdaderas ciudades, esto es, aglomeraciones urbanas ya poco o escasamente integradas al medio rural circundante. En pocos años se produce ese fenómeno, inédito todavía en Centro América, pero vivenciado hace ya más de un siglo en algunos países de América Latina, de la transformación de aldeas en ciudades.

Las migraciones internas (21), permanentes y temporales connotan profundamente ese proceso de urbanización y llaman la atención sobre un fenómeno también nuevo en su dimensión. El desarrollo de vías de comunicación y en particular la terminación de la carretera interamericana en 1964, incentivados por el Mercado Común Centroamericano y la integración, han jugado un papel significativo en la facilidad de esos desplazamientos.

Un tercer grupo de factores son producto poco menos que directos de la influencia externa. Vamos a puntualizar dos aspectos particularmente relevantes. El fin de la hegemonía norteamericana y la presencia soviética redefinen, desde la década de 1960, la geopolítica del área (22). Eso abrió el camino para una participación más fuerte de países como México y Venezuela, con sus propios intereses, a lo que hay que agregar todavía la presencia activa de la comunidad caribeña inglesa recién independizada. El segundo aspecto, más difuso pero no menos importante se refiere al impacto de diversas ideologías.

Las ideas socialistas, difundidas en las incipientes organizaciones sindicales desde la década de

1920 (23) se combinaron con la influencia de la revolución mexicana y el pensamiento anti-imperialista de los medios intelectuales y los sectores medios más radicales (24), para nutrir dos vertientes ideológicas bien cristalizadas en el socialismo vinculado a los partidos comunistas (25) y la Tercera Internacional, y en diversas variantes del reformismo Social Demócrata y Social Cristiano. La primera tuvo su momento de auge entre 1929 y 1932 (26), culminando con la insurrección salvadoreña, y retrocediendo después por la intensidad de la represión durante las dictaduras de Hernández, Ubico, Carias y Somoza. La segunda alimentó, con un acusado sentido anti imperialista, la lucha de Sandino (1927-1934), y la Revolución de octubre de 1944 en Guatemala, impregnando los gobiernos de Arévalo y Arbenz. Una versión más atemperada de anti imperialismo de la segunda corriente se impuso en Costa Rica desde la década de 1940.

La revolución cubana triunfante en 1959 abrió un nuevo período de radicalización, cuyas consecuencias empapan las dos últimas décadas de la historia de Centro América. Cuba se convirtió en un ejemplo de la lucha guerrillera (teoría del foco) y también en una base de apoyo y entrenamiento a los movimientos revolucionarios.

El mensaje de la Iglesia Católica experimentó sobre todo después del Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín (1968), cambios notables que pueden resumirse (27) en el reconocimiento de que la organización económica conduce en muchos casos a la “violencia institucionalizada”, y en el postulado de que los sectores populares organizados deben erigirse en actores de la transformación y el cambio social. La acción pastoral alcanzó con la aplicación de estos principios, ámbitos y repercusiones de una dimensión social no solo nueva sino también a menudo insospechada.

Los grupos militares fueron sensibles a dos tipos diferentes de influencias ideológicas, aparentemente contradictorias. Por una parte, la doctrina de la “seguridad nacional” (28) y la lucha anticomunista contra el enemigo interior dieron cobertura y justificación a la práctica de la violencia y la represión indiscriminados. La noción de “guerra interna” sirvió, en los hechos, de mampara a todo tipo de arbitrariedades y situaciones ilegales. Por otro lado, se produce también la influencia de corrientes nacionalistas, -el modelo de la revolución peruana inspirará por

ejemplo a los militares hondureños en la década de 1970-, que combinan en dosis variables reformas, reivindicaciones nacionales a menudo fuertemente anti imperialistas, y severo control político (en este sentido el régimen del general Torrijos en Panamá constituyó otro ejemplo notable).

IV

Las limitaciones de la Voz condicionan las opciones de Salida. El tipo de Salida depende a su vez de las formas de conciencia, organización y lucha de las clases subalternas. Pero en no pocos casos, la salida se troca en lealtad obtenida gracias a la violencia y el terror del Estado; es por eso que las características de la Voz definidas por los grupos que pueden hacerse oír y la gama de frecuencia del mensaje emitido, resultan elementos claves para entender las "respuestas desde abajo".

Los mecanismos básicos de la contienda democrática legal, -luchas políticas y procesos electorales- solo han tenido plena vigencia en el caso de Costa Rica. Pero sin embargo han constituido siempre un desafío para los regímenes de los demás países. Las elecciones han implicado (las más de las veces debido a la presión internacional) un cierto aflojamiento de la represión y ciertas oportunidades para la voz disidente y la movilización popular. La efectividad de los resultados fue, de todos modos, irrisoria porque las clases dominantes y los grupos militares depositarios del poder rara vez estuvieron dispuestos a ceder ante el triunfo electoral de la oposición en tanto ésta representara intereses o respondiese positivamente a presiones de las clases subalternas.

En el cuadro siguiente se resumen los mecanismos utilizados para mantener el control e impedir la expresión plena de la voluntad popular en los diferentes procesos electorales.

	Golpe Preventivo (con el fin de evitar una elección o la entrega del poder al ganador)	Pacto "oligárquico"	Fraude abierto	Compañía Electoral controlada con escasa participación opositora (intimidaciones, represión, etc.)
Guatemala	1963	1966	1957 1974 1978	1958
El Salvador	1944		1950 1967 1972 1977	1982
Honduras*	1954 1963	1971 1982		1948 1965
Nicaragua		1950 1972		1947 1957 1963 1967 1974

(Se indica únicamente el mecanismo fraudulento *predominante* en cada elección).

* En un solo caso, -la elección hondureña de 1957-, se entregó el poder a la oposición sin mayores condiciones.

Los efectos de este fenómeno fueron los siguientes: a) la acumulación de frustraciones, y el “costo de ser opositor” condujeron a un fundado descrédito de las elecciones como mecanismo de cambio efectivo; b) la participación limitada de la oposición en el poder legislativo y municipal permitió la formación de algunos núcleos dirigentes capaces de ver y hacer ver la frustración señalada en el punto anterior.

El golpe de Estado fue un recurso frecuente, producto de acuerdos entre grupos militares y civiles con motivaciones diversas. Puede considerarse como una forma **extrema de la Voz**, en sociedades donde predomina el principio de exclusión. En primer lugar debemos señalar que la mayoría de los movimientos de este tipo constituyen intentos fracasados o abortados en su preparación. Entre los exitosos podemos considerar dos tipos de golpe, los de corte derechista (por ejemplo el de Castillo Armas en 1954 o el de Peralta Azurdía en 1963 en Guatemala; el de Julio Rivera en 1961 en El Salvador; el de López Arellano en 1963 en Honduras) orientados a frenar una transformación o a prevenir un resultado electoral “potencialmente peligroso”; y los de visos reformistas, con un proyecto de cambio y “depuración” del Gobierno: es el caso, por ejemplo, de los golpes de 1948, 1960 y 1979 en El Salvador; de 1956 y 1972 en Honduras. La opción renovadora implícita en los golpes de esta última orientación les dio, inicialmente, cierto apoyo popular y en muchos casos una activa presencia de un amplio espectro de políticos de la oposición. El desencanto o la frustración se presentó sin embargo, cuando tarde o temprano sobrevino la “derechización”.

Las huelgas y la organización sindical constituyen manifestaciones de la Voz vinculadas directamente a la experiencia cotidiana de las clases trabajadoras. También son fenómenos eminentemente urbanos, o referidos al proletariado de las plantaciones bananeras. Las reivindicaciones laborales típicas sobre salarios y condiciones de trabajo implicaron un largo camino de luchas y agitación hasta la obtención de la legalización sindical y la promulgación de Códigos de Trabajo (Costa Rica, 1943; Nicaragua, 1945; Guatemala, 1947; Honduras, 1956; El Salvador, 1963). Ha existido, sin embargo una profunda distancia entre la legislación laboral y su aplicación en beneficio de los trabajadores. Los mecanismos utilizados por el Estado y las clases dominantes para neutralizar su efecto han sido los siguientes: a) entorpecimientos y argucias legales (trámites complicados, re-

quisitos difíciles o imposibles de cumplir, etc.) b) diversos grados de intimidación hasta la represión selectiva (a dirigentes) o abierta (masacre de huelguistas o manifestaciones); c) declaración de ilegalidad de las huelgas; d) imputación de supuestas conspiraciones o motivaciones políticas para desautorizar huelgas y conflictos; e) organización de sindicatos “amarillos” manipulados por el Estado y diversas formas de corrupción de los dirigentes. En estas condiciones a las que hay que agregar la debilidad numérica y heterogeneidad de los sectores obreros (típicos en países de industrialización incipiente), es fácil entender porqué los éxitos del movimiento sindical han dependido estrechamente de coyunturas políticas favorables y de la solidaridad de fuerzas sociales más amplias (29).

Debe notarse que mientras impere el principio de exclusión, la incorporación de la protesta sindical será difícil, y en el fondo incompatible con una relación de dominación de ese tipo. De ello se pueden extraer dos conclusiones: a) que aún los sindicatos “amarillos” representan un peligro potencial, ya que no existe manera convincente de resolver la contradicción entre las reivindicaciones de las bases y lo que puede obtenerse sin serios enfrentamientos; b) cualquier **tipo de conflicto, y en particular las huelgas, tienden a convertirse en protestas con un significado mucho más amplio que el de las reivindicaciones formuladas.** Esa ambigüedad que implica un cuestionamiento radical del orden existente ha sido un elemento de suma importancia en el desarrollo de la conciencia, no sólo de la clase obrera, sino de sectores subalternos más amplios (30). La honda repercusión de huelgas como la del magisterio salvadoreño en 1968 y 1971 (31) o la huelga general indefinida declarada por la Federación Sindical de Trabajadores Norteños de Honduras en setiembre de 1968 (32) ilustran bien lo dicho y nos permiten agregar otra observación: la fuerza y alcances de la Voz depende del tipo de alianzas y del grado de solidaridad obtenido de otras fuerzas sociales e instituciones (Iglesia, universidades, empresarios, etc.) En ciertos casos límites la huelga general se convirtió en un detonante político sustitutivo del golpe, dirigido directamente contra el gobierno. Fue la situación, por ejemplo, en abril y mayo de 1944 en El Salvador durante la “huelga de brazos caídos” a que llamaron los estudiantes universitarios (se sumaron el comercio, las escuelas, los empleados públicos, etc.) y que precipitó la caída de Hernán-

dez Martínez. En el mismo año de 1944 fenómenos parecidos ocurrieron durante el derrocamiento de Ubico y la revolución de octubre en Guatemala, y no faltó un intento (fracasado) contra Somoza en Nicaragua. La cadena de huelgas que sucede al asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en 1978, en Nicaragua, pueden verse en el mismo sentido, y constituyeron, como es sabido, un antecedente importante como formas de lucha y elemento aglutinante de la insurrección popular que acabó con la dinastía Somoza en 1979.

La presencia de las universidades y de los movimientos estudiantiles constituye una forma, en cierto modo privilegiada de la Voz. La autonomía universitaria, un logro de la oleada reformista de posguerra, convirtió las casas de estudio en un potencial semillero de oposición. Con la excepción de Costa Rica, las relaciones con los poderes públicos fueron obviamente difíciles, y no escaparon a ser intervenidas directamente (El Salvador, 1972) o a represiones más selectivas y a menudo sanguinarias como en el caso de Guatemala desde 1970 (33). A pesar de todo las universidades y los movimientos estudiantiles gozaron a menudo de un cierto margen de acción y en ocasiones lograron hacerse oír, asumiendo un papel particularmente activo. El rol más significativo de las universidades ha sido, sin duda, la contribución al desarrollo de una conciencia crítica de los problemas nacionales en diversos cuadros dirigentes. Los movimientos estudiantiles, por su parte, han sido elementos claves en la solidaridad con protestas diversas, expresadas a través de manifestaciones callejeras, propaganda y otras formas de agitación. El mantenimiento de una efervescencia de oposición permanente ha sido posiblemente, el rasgo más característico de las universidades y los movimientos estudiantiles en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

La Iglesia católica presenta una situación peculiar. De una posición tradicionalmente conservadora, pilar de la lealtad, pasó en la década de 1960 a ser una voz particularmente crítica y disidente. En rigor, conviene matizar la observación anterior. En Costa Rica, la Iglesia inspiró y apoyó decididamente el reformismo de los años cuarenta; consagrado el proyecto, su presencia pasó a segundo plano. Para la misma época, la Iglesia guatemalteca, rechazaba con obstinación el régimen de la Revolución de octubre y en 1954, llamaba a su derrocamiento. Pero como es sabido, a partir de la década de 1960 la Iglesia modificó paulatinamente su posición doctrinaria y despla-

gó una consecuente acción pastoral. Estos cambios contribuyeron en el mediano plazo a que la situación social se tornara explosiva (34). Es fácil identificar las razones para ello: a) la acción de la Iglesia tiene un alcance verdaderamente masivo especialmente en las zonas rurales; b) su conservadurismo tradicional la volvía una institución "libre de toda sospecha" frente al Estado o las clases dominantes; c) su **prédica era particularmente** accesible a las masas (iletradas en un alto porcentaje) y no daba cabida a temores de eventuales represalias a manos de los **cuerpos represivos**. Diez o quince años más tarde, la imagen de la Iglesia frente a las clases dominantes se modificó sustancialmente; fue tiempo suficiente, empero, para provocar tomas de conciencia y movilizaciones de masas de una dimensión absolutamente nueva. La defensa de los oprimidos (emprendida a escala global) en estructuras sociales caracterizadas por el principio de exclusión se convierte ineluctablemente en reformismo radical o subversión (35), y ambas constituyen por su naturaleza, opciones de Salida.

V

La naturaleza de la protesta social que caracteriza a la Centroamérica de los últimos diez años puede ahora entenderse mejor. Los veinticinco años de prosperidad iniciados hacia 1950 provocaron importantes cambios materiales, modificando *objetivamente* las condiciones de vida de vastas mayorías. Dichos cambios generaron, en diversas instancias de la pirámide social, muchas Voces nuevas. La Voz no escuchada se convirtió, en la última década, en la levadura más efectiva para desarrollar las *condiciones subjetivas* de la insurrección.

En el Salvador se puede ver el ejemplo más acabado de esta situación. La prosperidad no repartida no sólo reforzó el principio de exclusión; también contribuyó aceleradamente a la proletarianización de las masas campesinas, homogeneizando drásticamente sus condiciones de vida (36). La multiplicidad de Voces no escuchadas, en un largo período de tiempo, se convirtió finalmente en un coro de protesta social. La solidaridad con esta opción de salida fue, para los grupos más diversos en cuanto orientación ideológica o posición en la estructura social, una elección sin mucha alternativa: apoyo a la insurrección o autoeliminación. El mismo principio jugó por el lado de la clase dominante y sus aliados (algunos sectores medios, militares, etc.), ya que incapaces de halar una al-

ternativa a la vieja y gastada relación de dominación del tipo juego de suma cero, sólo atinaron a cerrar filas detrás de la represión generalizada y la lucha antiguerrillera.

La caída de Somoza en Nicaragua ilustra una situación igualmente polarizada pero de contrincantes distintos: la dinastía familiar identificada con la Guardia Nacional y el Estado (37) contra un amplio frente de clases que gozaba de un variado y generoso apoyo internacional.

Guatemala y Honduras ejemplifican dos variantes "incompletas". En el primer caso, la magnitud y variedad de la Voz no escuchada es suficiente para madurar las condiciones subjetivas de la rebelión; pero hay un desfase notable en la complejidad de la estructura social guatemalteca, carente de la drástica simplificación observada en El Salvador. En el segundo caso, aunque existen Voces no escuchadas, la heterogeneidad y fragmentación del país impiden la solidaridad requerida para que la opción de Salida pueda madurar con efectividad.

En Costa Rica, la estructura social organizada en torno al principio de incorporación hizo posi-

ble la prosperidad con reformas. Las Voces generadas en este vasto conjunto de cambios socioeconómicos fueron "escuchadas individualmente", es decir procesadas sectorialmente por el sistema político. Ello convirtió la Voz en una fuente de Lealtad hacia el propio sistema. La solidez del consenso ha sido puesta duramente a prueba en los últimos cuatro años por el impacto de una severa crisis económica (38). Si ello comprometerá la proverbial estabilidad institucional del país, es todavía un interrogante difícil de responder.

Un comentario final sobre los factores externos. Sería ingenuo despreciar el papel del contexto internacional (económico y político, y en particular la injerencia extranjera en todos estos conflictos). Pero tampoco puede atribuírseles el haberlos creado, insuflándoles el mágico toque de la vida. La caída de Somoza, la lucha sangrienta que vive El Salvador, y la horrorosa violencia guatemalteca, son, antes que nada, el resultado de los años de prosperidad no repartida.

San José, julio de 1983

NOTAS

(1) Dejamos de lado comportamientos pasivos o indiferentes.

(2) Albert O. Hirschman, *Salida, Voz y Lealtad*. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados. trad. E. Suárez (México, Fondo de Cultura Económica, 1977).

(3) *Idem*. p. 14.

(4) *Idem*. p. 80.

(5) *Idem*. p. 80.

(6) *Idem*. p. 160.

(7) Cf. F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Historia Económica de América Latina* (Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1979, 2 vol.), vol. 22, capítulo 4; Héctor Pérez Brignoli, *América Central: da Colonia a crise atual* (Sao Paulo, Brasiliense, 1983).

(8) Particularmente en Guatemala ello se refleja en el prejuicio contra los indios de blancos y ladinos, Cf. Carlos Guzmán Böckler, *Colonialismo y Revolución* (México, Siglo XXI, 1975). En las zonas bananeras de Honduras y Costa Rica existe discriminación contra los negros.

(9) Como la teoría del "mínimum Vital" del salvadoreño Alberto Masferrer o el "socialismo espiritual" del guatemalteco Juan José Arévalo.

(10) Cf. Thomas Anderson, *El Salvador 1932*, trad. J.M. Castellanos (San José, EDUCA, 1982, 2 ed.); Rafael Guidos Véjar, *El ascenso del militarismo en El Salvador* (San Salvador, UCA Editores, 1980).

(11) Cf. "A sus órdenes mi capital", Editorial de *Estudios Centroamericanos* (ECA), publicado en noviembre de 1976 por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador.

(12) Cf. Richard Adams et al., *Crucifixion by Power*. Essays on Guatemalan National Social Structure, 1944-1966. (Austin and London, University of Texas Press, 1970); Robert Wasserstrom, "Revolución en Guatemala: campesinos y políticos durante el gobierno de Arbenz", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, San José, septiembrediciembre, 1977.

(13) *Idem.*, Mario Monteforte Toledo, *Guatemala. Monografía Sociológica* (México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1965, 2da ed.).

(14) Cf. Mario Posas, *El movimiento obrero hondureño: huelgas y lucha sindical en el enclave bananero* (1916-1955), tesis de grado, Universidad de Costa Rica, 1976.

(15) Cf. Mario Posas y Rafael del Cid, *La construcción del sector público y del Estado Nacional en Honduras, 1876-1979*, San José, EDUCA, 1981.

(16) Cf. Encuestas de PREALC efectuadas en los primeros años de la década de 1970; W.R. Cline y E. Delgado (Editores), *Economic Integration in Central America* (Washington, The Brookings Institution, 1978).

(17) Cf. Cline y Delgado, *Op. Cit.*; SIECA-INTAL, *El desarrollo integrado de Centroamérica en la presente década* (Buenos Aires), BID-INTAL, 1973), 11 volúmenes; Eduardo Lizano (Compilador), *La Integración Económica Centroamericana* (México, Fondo de Cultura Económica, 1975), 2 tomos.

(18) Cline y Delgado, *Op. Cit.* pp. 164-171.

(19) Cf. Clark W. Reynolds y G. Leiva, "Employment Problems of Export Economies in a Common Market the case of Central America", en Cline y Delgado, *Op. Cit.* pp. 181-263.

(20) Gabriel Siri y Luis Raúl Domínguez, "Central American Accommodation to External Disruptions", en William R. Cline and Associates, *World Inflation and the Developing Countries* (Washington, The Brookings Institution, 1981), pp. 206-207.

(21) Cf. CSUCA-Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, *Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica*, (San José, EDUCA, 1978).

(22) Cf. Lester Langley, *The United States and the Caribbean, 1900-1970* (Athens, The university of Georgia Press, 1980).

(23) Cf. Antonio Obando Sánchez, *Memorias, la historia del movimiento obrero* (Guatemala, Editorial Universitaria, 1978, 2da ed.); Roque Dalton, *Miguel Mármol*. Los sucesos de 1932 en El Salvador (San José, EDUCA, 1972); Gabriela A. García, *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica* (México, Ediciones Linterna, 1971); Mario Posas, *Las sociedades artesanales y los orígenes del movimiento obrero hondureño* (Tegucigalpa, Esp L4 Editorial, 1978).

(24) Particularmente activo en la década de 1920; sobresalen figuras como Vicente Sáenz, Joaquín García Monge, Froylán Turcios, Salvador Mendieta. También fue notoria la influencia del APRA.

(25) En 1922 comenzó a operar el Partido Comunista Centroamericano con seccionales en Honduras, Guatemala y El Salvador. Hacia finales de esta década se constituyeron Partidos Comunistas nacionales en Guatemala, El Salvador, Honduras y Costa Rica. Los de Guatemala y Honduras no sobrevivieron a la represión de los treinta y fueron fundados de nuevo hacia finales de la década de 1940. En Nicaragua se constituyó una agrupación de esa orientación en 1944.

(26) Cf. nota 23.

(27) Andrés Opazo Bernal, "Las condiciones sociales de surgimiento de una iglesia popular", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, setiembre-diciembre 1982, p. 290.

(28) Cf. Susana Jonas Bodenheimer, *Guatemala: Plan piloto para el continente*, trad. M. Samper (San José, EDUCA, 1981); Gabriel Aguilera Peralta, *La integración militar en Centroamérica* (Guatemala, INCEP, 1975).

(29) Ello es notorio, por ejemplo, en dos huelgas exitosas: la de los obreros bananeros en Honduras, en 1954 (Cf. Mario Posas, *El movimiento obrero... op. cit.*), y la de los obreros de la Fábrica de Acero, S.A. en El Salva-

dor, en abril de 1967 (Cf. Salvador Cayetano Carpio, *La huelga general obrera de abril El Salvador*, s/1, Editorial Farabundo Martí, s/f).

(30) Véase el ejemplo de la huelga de abril de 1967, recién citado. El texto de Carpio escrito y publicado por primera vez en 1967 analiza con detalle los mecanismos y el efecto de la solidaridad entre los diversos sindicatos que, mediante la "huelga general progresiva", permitieron un triunfo reivindicativo de los obreros de la Fábrica de Aceros, S.A. Es sorprendente el contraste entre las reivindicaciones mismas y la amplitud del movimiento que permitió lograrlas.

(31) Cf. Grupo de Profesores de la Universidad "José Simeón Cañas", "Análisis del conflicto ANDES - Ministerio de Educación", en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, San Salvador, agosto-setiembre, 1971, pp. 540-560.

(32) La huelga fue una reacción ante los impuestos del llamado Protocolo de San José, pero también una expresión del descontento más amplio contra el régimen represivo y partidista de López Arellano; Cf. Mario Posas y Rafael del Cid, *Op. Cit.* pp. 145-146.

(33) Cf. Gabriel Aguilera Peralta, Jorge Romero Imery et al., *Dialéctica del terror en Guatemala* (San José, EDUCA, 1981).

(34) Cf. Pablo Richard y Guillermo Meléndez, *La Iglesia de los Pobres en América Central* (San José, DEI, 1982); *Estudios Sociales Centroamericanos*, setiembre-diciembre de 1982, número dedicado a la "Iglesia popular" en Centroamérica.

(35) La prédica y el asesinato de gran número de sacerdotes es ejemplo contundente de ello, comenzando por el caso de Monseñor Oscar A. Romero, Arzobispo de San Salvador.

(36) Cf. Carlos Samaniego, "¿Movimiento campesino o lucha del proletariado rural en El Salvador?", *Estudios Sociales Centroamericanos*, enero-abril de 1980, pp. 125-144.

(37) Richard Millet, *Guardianes de la dinastía*, trad. M. Samper (San José, EDUCA, 1979).

(38) El Producto Interno Bruto (en dólares de 1970) disminuyó en 1.7% en 1980, en 3.6% en 1981 y en 2.4% en 1982. En Centroamérica esa situación crítica sólo es superada, en los mismos años, por El Salvador, y en 1979 por Nicaragua (el Producto decreció en 25,1%). Datos de CEPAL.